

Oración Fúnebre

(Homilía del 14 de abril de 1996)

MONS. NICOLÁS DE JS. CARDENAL LÓPEZ RODRÍGUEZ
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SANTO DOMINGO

Para el cristiano nada más iluminado y consolador que entregar el espíritu al Señor en la Octava de la Pascua, en plena celebración de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo que incluye nuestra resurrección.

Ha sido el primer pensamiento que ha venido a nuestra mente al informarnos, en el amanecer del ayer, sobre la muerte de nuestro querido Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito.

Al pensar en el misterio de la muerte y en el dolor nuestro por perderle aquí en la tierra, nos han llenado de una paz inmensa y hasta de un gozo inenarrable las palabras que la Iglesia pone en labios del sacerdote en estos días para iniciar la Santa Misa.

Decimos así todos los sacerdotes:

*"El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos ustedes".*

Y a continuación:

*"Tú, el primogénito de entre los muertos,
Señor, ten piedad.
Tú, el vencedor del pecado y de la muerte,
Cristo, ten piedad.
Tú, la resurrección y la vida, Señor, ten piedad".*

En línea pascual muy coherente, las lecturas bíblicas que acabamos de escuchar inundan de luz, de esperanza y de gozo esta sentida despedida que estamos ahora celebrando en nuestra Catedral Primada de América que fue durante su período de Administrador Apostólico Sede Plena, en cierto modo su Catedral.

El apóstol Pedro nos ha recordado: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva, para una herencia incorruptible, pura, imperecedera que les está reservada en el cielo”.

Al cumplimiento de esa esperanza, a esa herencia incorruptible, pura e imperecedera es a la que con su muerte ha llegado ya nuestro querido Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito.

El apóstol Pedro añade: “La fuerza de Dios les custodia en la fe para la salvación que aguarda a manifestarse en el momento final. Alégrense de ello, aunque de momento tengan que sufrir un poco, en pruebas diversas: así la comprobación de su fe –de más precio que el oro que, aunque perecedero, lo aquilatan al fuego– llegará a ser alabanza y gloria y honor cuando se manifieste Jesucristo nuestro Señor”.

Así es, nuestro querido Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, por la fuerza de su fe acrisolada, se ha mostrado ya la salvación, y sus penas y tribulaciones temporales y circunstanciales, ante la manifestación radiante de Cristo nuestro Señor se han tornado ya alabanza, gloria y honor definitivo.

El apóstol Pedro concluye así: “No han visto a Jesucristo que hemos escuchado en el evangelio de hoy. Jesús se aparece a sus discípulos y entre ellos Tomás. Cuando se encuentra con él, le cuenta aparición y él la niega.

Más aún, se atreve a decir: “Si no veo la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no creeré”.

El Resucitado, complacido, vuelve a aparecer, estando presente Tomás, le reprende y ante la confesión profunda suya “Señor mío y Dios mío”, exclama, “¿Por qué me has visto has creído?. Dichosos lo que crean sin haber visto”.

Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito fue siempre un hombre de fe. Como dice el apóstol Pedro amó profundamente a Cristo sin haberle contemplado, creyó en él sin verlo, y se alegra inmensamente ahora porque ha logrado la meta de su fe, su propia salvación, su transfiguración gloriosa.

La presente celebración eucarística por parte de la Conferencia del Episcopado Dominicano y de la Arquidiócesis de Santo Domingo es, además de acción de gracias por el regalo

de su persona y actividad, un tributo de gratitud y de admiración por haber sido no sólo miembro cualificado de la Conferencia sino presidente de ella y por haber sido, durante un período notable de su vida, Administrador Apostólico y Arzobispo Coadjutor de esa Arquidiócesis.

Lo fue en vida, pero, definitivamente ya, con su muerte entra en el cuadro de honor de los Obispos notables de la pluricentenaria Historia de la Iglesia dominicana.

Por temperamento o por intuición el joven Hugo Eduardo, nacido en Salcedo el 13 de octubre del 1918, con tesón que sería una de las características de su vida, se preparó concienzudamente para los destinos que Dios le tenía deparados.

Mientras hacía sus estudios teológicos en el Seminario Santo Tomás de Aquino, fue y un asiduo lector de documentos históricos en nuestro Archivo Nacional. Con admiración lo recordaba el director de dicho Archivo, muchos años después cuando ya el joven seminarista era Obispo.

Ya sacerdote, se gradúa en 1946, en la Universidad de Santo Domingo, como Licenciado en Filosofía y Letras, parte después para Roma donde obtiene la Licenciatura de Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana en 1950 y, de vuelta a la Patria, obtiene el Doctorado en Filosofía por la Universidad de Santo Domingo.

Todos estos estudios los simultánea él con sus diversos cargos de confianza en la Arquidiócesis bajo el calor y guía de Monseñor Beras que lo prepara así para el Episcopado.

En tres períodos podemos dividir su fecunda vida episcopal: Diócesis de Santiago de los Caballeros de 1956 a 1965; Arquidiócesis de Santo Domingo de 1965-1975 (de 1965 a 1970 como Administrador Apostólico y de 1970 a 1975 como Arzobispo Coadjutor); y Diócesis de Nuestra Señora de La Altagracia de 1975 a 1995.

Período de Santiago

En el período de Santiago de los Caballeros su papel es estelar.

Como lema en su escudo episcopal puso esta frase “Non recuso laborem”, “No rechazo el trabajo”.

Fiel a ese lema se muestra incansable en el trabajo por añadidura previsor y organizado. Idea y levanta el Seminario San Pío X en Licey al Medio y con gran visión de futuro se lanza

con ilusión y tenacidad a erigir y consolidar la Universidad comprometida con el desarrollo integral de la nación, de la cual no es solamente fundador sino su primer Rector.

Con esta iniciativa y otras, Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, poco a poco se constituye en personaje clave del salto de Santiago de los caballeros, de ciudad provinciana a la urbe progresivamente moderna, y polo equilibrador de la capital. Es justo reconocerle este mérito.

Aparece ya en él un nuevo modo –moderno– de ser Obispo, atento a los signos de los tiempos, preocupado por los problemas sociales, planificador y eficiente, abierto al diálogo accesible y sencillo, viviendo en una pequeña comunidad de sacerdotes que lo llegaron a querer y respetar como a un verdadero padre y Pastor. Resultará así, providencialmente, un Obispo puente entre la generación de los primeros Prelados como Monseñor Pittini, Monseñor Panal, Monseñor Reilly y el Cardenal Beras, y la nueva generación de Obispos según las directrices y orientaciones del Concilio Vaticano II.

En Santiago dejó sus huellas profundas y Santiago lo reconoce con gratitud y orgullo.

Período en la capital

Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito supo ser paciente, humilde y entregado al interior de la Iglesia y resultó providencial en las conflictividades sociales y políticas. A nadie que necesitó su apoyo o amparo se lo negó y medió con serenidad, sacrificio y sencillez en continuos conflictos. Y lo hizo impávidamente y con riesgos reales. En el rescate del Coronel Crowley, no dudó en acompañar hasta ciudad México al grupo excarcelado.

Pastoralmente reorganizó la arquidiócesis y ante el crecimiento de la ciudad, por el éxodo masivo del campo hacia la ciudad, no dudó en crear muchas parroquias en los nuevos repartos, ensanches y barrios marginados surgidos.

A él le tocó edificar el nuevo Seminario Pontificio Santo Tomás de Aquino en la avenida Núñez de Cáceres con Sarasota, con la venta del antiguo seminario ubicado en la Abraham Lincoln, y no dudó a la hora de hacerlo.

La Arquidiócesis de Santo Domingo jamás ha olvidado sus desvelos y dificultades al ser rehabilitado Monseñor Beras, y



su serenidad a la hora de partir para su nuevo destino, la **Diócesis de Nuestra Señora de La Altagracia** en el Este, un mundo desconocido para él.

Período en Higüey

Dado el deterioro del vulnerable cuadro de nuestra **Protección Nacional**, la Virgen de La Altagracia el mismo día de la toma de posesión de su Sede Episcopal se comprometió solemnemente a restaurarlo con la ayuda de las técnicas más modernas y depuradas. El 20 de abril de 1978 la experta, venida de España, comenzaba su laborioso trabajo y el 18 de junio en emotiva procesión desde el antiguo Santuario hasta la nueva **Basílica** el cuadro, espléndidamente restaurado, era colocado en su sitio.

Con su tesón característico se propuso también levantar la Casa del Obispo y las oficinas de la Curia que pronto serían una realidad.

Brilló entonces en su mente la idea de levantar los suficientes fondos para dotar a la grandiosa **Basílica** de unas dignas puertas de bronce y a los atrevidos arcos exteriores de un convocador carrillón y muy pronto, en virtud de su habilidad y tesón, sus dos sueños se lograron.

Gracias a su presidencia en el fondo proveniente de la **Gulf and Western**, para el desarrollo de la Región del Este, graves y urgentes necesidades de esa región fueron cubiertas y la nación supo de la importancia de una administración honesta.

Muchos planes pastorales bulleron en su corazón de los cuales unos cuajaron y otros se diluyeron por causas diversas.

Lo increíble, sin embargo, en nuestro querido Monseñor **Hugo Eduardo Polanco Brito** es cómo en medio de todos estos afanes apostólicos y de promoción humana, exigencia de nuestra fe, ha tenido tiempo y ánimo para no dejar a un lado su vocación de historiador. A unos 20 títulos asciende el catálogo de sus obras publicadas y sus sueños era al renunciar a su Sede de Higüey, de acuerdo a la legislación de la Iglesia y dedicarse a escribir una serie de obras a base de material acumulado durante todos estos años. Sus méritos en la **Historiografía dominicana** determinaron que en el año 1986 le nombraran **Presidente de la Academia Dominicana de la Historia**, de la cual

era Académico Numerario desde 1970. Urgido por sus quehaceres pastorales, más que un fino elaborador de historia fue él un incansable perseguidor de vetas y un desbrozador valiente de figuras y temas de nuestra realidad nacional.

Dios en su providencia tenía otros planes y él no pudo cumplir el sueño de seguir escribiendo sobre temas históricos y de seguir ayudando pastoralmente en la Arquidiócesis de Santo Domingo, como era su deseo y me lo expresó al llegar de regreso a la Capital, concluido su episcopado en Higüey.

Se ve que Dios Padre estaba satisfecho plenamente del trabajo realizado por él en su larga vida y ha querido premiarle con el descanso merecido, con la paz y el gozo definitivo de los bienaventurados.

Al concluir su jornada terrena, la Iglesia y el pueblo dominicano no saben qué agradecer más a Monseñor Polanco si su corazón bueno, su sencillez, su apertura y entrega a los demás, su laboriosidad, su sentido práctico, su tolerancia y servicialidad, su trato cálido, su fe y esperanza, o las obras por él realizadas: Su Seminario San Pío X, su Universidad Madre y Maestra, tantas parroquias por él erigidas, sus puertas de bronce y su carrillón, su nuevo Seminario Santo Tomás de Aquino, sus vidas salvadas, los conflictos solucionados con oportunas mediaciones, las necesidades socorridas, sus sacerdotes paternalmente atendidos, sus sermones repletos de humanismo y experiencia en la vida, sus 20 libros escritos, etc.

Llenos, pues, de gratitud, al Señor por el regalo de la persona y vida de Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, continuaremos ahora el sacrificio de la misa por su eterno descanso, por su transfiguración gloriosa con Cristo resucitado, pues "si con El morimos, también con El resucitaremos". Pero antes quiero expresar en nombre de la Conferencia del Episcopado Dominicano y más en particular de esta Arquidiócesis nuestra sincera condolencia a sus hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, sobrinos y demás familiares que hoy sienten el vacío de su llorada partida. A todos ellos el testimonio de nuestro cariño y solidaridad. Que así sea.

Catedral Primada de Santo Domingo